vado de espaldas; y así que le conocieron, susurró Tito, señalándole con el mismo respeto que las gentes de Rávena se mostraban al Dante:

—¡Es el *patrón!*

Sí, era D. Hipólito, que si tornase de alguna excursión á los abismos infernales no trajera más demudado el semblante, ni pesadamente arrastrara el cuerpo, las piernas temblonas y vacilantes, pues aunque nunca mostró gallardía, la enérgica viveza del rostro daba vida y calor á todos sus movimientos, y el D. Hipólito de ahora, de tal manera parecía cambiado, que ambos chicos se asustaron, y Tito corrió á su encuentro, saludándole muy respetuosamente con la boina.

—Tito—dijo una voz extraña, semejante á la del doctor Andillo,—¡feliz hallazgo, hijo! Acércate, dame la mano, ayúdame á sentarme en aquel banco..... Camino de la Universidad me sentí enfermo, y pensé que respirando el aire de la plaza.....

Juanillo habíase levantado también, y

entre los dos le sentaron, y muy turbados, se miraban sin saber qué hacer, tartamudeando preguntas baldías, que el señor catedrático no contestaba, cada vez con mayor congoja y extraviado el sentido; aflojáronsele de pronto los resortes del cuerpo, la cabeza se ladeó y despidió el sombrero, le acometió un terrible estertor, que hacía castañetear sus dientes y mascar sílabas indescifrables, como si fuera llegada su última hora; el Barbadito quería ir por la Unción, pero Jean dijo que lo primero y más urgente era llevarle á su casa, y buscó un coche, le trajo, ayudados de varios transeuntes caritativos cargaron el desmayado cuerpo de D. Hipólito, y le metieron dentro y Jean con él; porque Tito, luego de contar rápidamente la ganancia del día, manifestó á su compañero que no tenía bastante y se marchaba á buscarlo, alejándose hacia la calle Florida, *¡pam-pam-parampampam!*, mientras, al galope de los maltratados caballejos, enfilaba el coche la calle de Charcas, dando furiosos trallazos el

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

auriga, con el Jesús en la boca Juanillo y agonizando, ó poco menos, D. Hipólito.....

Bruñía los aldabones del portal la pequeña Encarnación, y acabado había de refrescar los azulejos y el friso de mármol, cuando la desatentada carrera del coche le hizo que asomara curiosamente la cabeza, reconociendo al punto la descolorida del francesito, que por la ventanilla, con extraños ademanes, le indicaba de no alborotar; y precisamente lo que á ella se le ocurrió, fué soltar la escandalosa luego que el carruaje se detuvo y distinguió el cuerpo del amo; se precipitó al patio dando voces:

—¡Señora, venga usted, que el patrón se ha muerto!

¡El patrón ha muerto! En todos los oídos resonó como un trompetazo la nueva pavorosa, y en el corazón de misia Liberata se clavó de golpe, puñalada de pícaro, que hiere á mansalva; salió, á medio peinar, desabrochada la bata, enloquecida, y salieron madama Clémence, doña Orosia y Crescencita, gritando todas, llorando, y

más que todas, Encarnación gritaba y gemía:

—¡El patrón ha muerto!

Por la pared del corralón, los jornaleros asomáronse, asustados. Y vióse á Max y mister Patrick que cargaban el cuerpo de D. Hipólito, y le traian con mucha precaución, y mister Patrick venía diciendo muy enfadado:

—¡Callar..... no estar muerto..... mentira! Estos mujeres ser demasiadamente exagerados.

Abalanzóse misia Liberata al grupo, y hasta no tocar las queridas manos no se convenció que no estaba muerto D. Hipólito. Y mientras las mujeres seguían alborotando y coreaban el relato de Juanillo, en la alcoba matrimonial dejaron al enfermo, se mandó por médico, se procuró éter, con agua de Colonia le friccionaron rudamente, y en torno de la cama todo eran carreras, cuchicheos, suspiros y lamentaciones. D. Hipólito no abría los ojos, y misia Liberata se desesperaba:

—¿No ve usted, Patrick, que no vuelve en sí? ¿Qué es esto, por Dios? Si de aquí salió tan contento..... Señor Duseuil, ¿ha venido ya el médico? Que vayan á avisar á María Cleofé: tengo miedo de estar sola.

Habían cerrado las maderas y encendido la lamparilla del Nazareno. Afuera se oía el rum-rum de las mujeres; y el estertor del enfermo parecía aumentar, como agua que borbolla. Poco á poco, misia Liberata recobraba la serenidad, y, dominada la horrible impresión, volvía á ser la mujer razonable que mira al peligro de frente y en desbordes de sensiblería no malgasta las fuerzas del ánimo; ella fué, antes que el flemático inglés, quien recibió al médico, le enteró de pormenores, le hizo indicaciones, preparó todo cuanto para la urgente sangría se necesitaba y llevó su valor hasta ver pinchar la arteria sin pestañear, y saltar el caliente chorro, sosteniendo la jofaina sin que le temblaran las manos, pálida, pero entera.

Cuando llegó María Cleofé, abrazáronse

las dos y lloraron en silencio. Luego, en un rincón de la biblioteca, rápidamente y con misterio, una á la otra se confiaron la idea primera que habíales sugerido el grave estado de D. Hipólito, idea que representaba susto y temor de la responsabilidad que ante Dios y la Iglesia se asumía si no se intentaba la reconciliación del filósofo; y una y otra estuvieron acordes que sí debían intentarla, y tratar por todos los medios de que aquella alma excelente se salvara y evitase la horrible pena á que, seguramente, sería condenada, si en los profundos abismos hundíase inconfesa. El obstáculo mayor estribaba en que, sordo á causa de la congestión cerebral que paralizaba el cuerpo, no oiría la dulce persuasión de la esposa, y no se rendiría á los deseos piadosos que, si en plena salud fueron rechazados, debiera acatarlos en la hora de la muerte (si era ésta llegada, desgraciadamente), satisfacción última del que bien podía pasar por modelo de maridos.....

Apretaba el pañuelo misia Liberata á los

llorosos ojos, y gemía, derrotada su entereza de nuevo. Pero, ¿cómo hacer? ¡Perdido el conocimiento! Estaba muy malo, el médico lo había dicho: que las sangrías y las aplicaciones de hielo á la cabeza eran de los pocos recursos que el fuerte ataque permitía, y como no cediera antes de la noche..... María Cleofé se impacientaba. Pues, en tal caso, el médico debía ceder el puesto al sacerdote y no perder el tiempo en administrar drogas, que más enferma estaba el alma que el cuerpo, y más necesitada de que la curasen de aquella ceguera crónica funestísima; ella perdonaba tibiezas, incredulidades también, hasta blasfemias, si se quiere, cuando queda ocasión de remediarlas, confesándolas y abjurando de ellas; pero cuando la eternidad va á abrirse de par en par y el Supremo Juez espera..... ¡Ah! su inglés, su bonachón protestante, podía pensar cuanto se le antojara; pero como le diera la gana de dejarla viuda, del chapuzón en el agua bendita y de cuatro exorcismos católicos no le libraría Lutero en persona.

—Espera— dijo misia Liberata— voy á ver cómo sigue..... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Qué prueba esta más dolorosa!

Al abrir la puerta de la alcoba, sintióse el fatídico roncar de D. Hipólito, y á María Cleofé se le figuró que era la lucha rabiosa entre Satanás y el alma, que se defendía. ¡Ay, el forcejear de la pobrecilla, sus gemidos, sus voces de socorro, que ella creía escuchar, ¿no probaban con sobrada elocuencia que la asustaban las eternas tinieblas, ya próximas á envolverla, y pedía luz, auxilio, perdón?.... ¿Cómo negárselo, cómo no acudir en su ayuda y arrancarla de manos del enemigo? María Cleofé se levantó, á tiempo que volvía misia Liberata, abatidísima, acompañada de mister Patrick, quien traía gacha la cabeza y en las patillas de chuleta enredaba los dedos preocupado: junto á la mesa se encontraron, y ninguno dijo palabra, mirando al suelo los tres, luego de preguntarse y responder con ademanes:

—¿Qué tal va?

—Lo mismo.

Entonces, María Cleofé tiró del brazo á su marido, y le llevó al mismo rincón, y con exuberancia de gestos le enteró de eso, del grave asunto que las preocupaba, del riesgo que se corría, de la obra de misericordia que era preciso realizar; y como el británico se distraía no dando, sin duda, al caso la extraordinaria importancia que tenía, herejote también como el otro al cabo, llamó con discreto sisear á la hermana, y llena de santo fuego la interpelaba; verdad que ella también lo creía indispensable, ineludible, ¿verdad que no consentiría que su marido muriese sin los sacramentos de la Iglesia?

—No, no—contestó horrorizada misia Liberata — ¡pero si no recobra el conocimiento, ni de nada se da cuenta!

—Pues la extremaunción entonces..... bastará eso para salvarle.

—Yo no querer mezclarme—dijo mister Patrick incomodado— aquí Liberata hacer su voluntad, que de ser como ella acabar de

decir, será contraria á la del doctor..... ¡Diablo de mujeres! ¿Pensar vosotros que este momento estar bueno para tonterías?

—Cállate — exclamó María Cleofé poniéndole la mano en la boca para atajar la blasfemia;—¡hereje, perverso!

Por lo menos una hora continuó el secreteo, insistiendo acalorada María Cleofé, misia Liberata prometiendo, desfallecida, que si D. Hipólito volvía á la razón, había de hablarle y de convencerle, y si no obraría con sujeción á lo que le aconsejaba su conciencia, y mister Patrick proclamando su parecer brutalmente.....

¡Bah! ya podía morir tranquilo hombre que, como Andillo, cumplió en la vida todos sus deberes: ciudadano, honrando á la patria con su ciencia; esposo, desvelándose por la felicidad de su mujer; padre, siéndolo de sus discípulos á falta de los hijos que le negó la naturaleza; amigo, extremado en lo leal y en lo generoso; sabio sin orgullo, caritativo sin ostentación, probo, justo, dignísimo, hombre de bien, en fin, que esta

palabra todo lo encierra y todo lo dice. ¡Ah! y este hombre, que no hizo mal á nadie, que amó y respetó á sus semejantes, que fué útil obrero y meritorio, necesitaba de una fórmula vana si por siempre no había de ser condenada su alma nobilísima á las llamas infernales. ¡Oh, *very stupefool!*

Estaba tan encendido mister Patrick, agitábase tanto, y tales enormidades soltó al tenor de lo que va apuntado, que las dos señoras cubriéronse las caras, de aflicción, y, por no oirle, allí le dejaron, escurriéndose hacia la alcoba; mientras, él se paseaba, mascullando en su lengua palabras incomprensibles, y ante el *Voltaire* y el *Rousseau* de escayola se detenía al pasar, para echarles á las narices aquel *very stupefool*, que en tal caso no se sabía si era piropo enderezado á dichos personajes ó comentario del razonamiento interior.

Llegaron en esto, atraídos por la mala nueva, aquel caballero barbicano y el jovencito lampiño del alfiler, amigos de la casa, y otros también, hasta el punto que

apenas cabían en la biblioteca; y todos se agrupaban alrededor de mister Patrick, interrogábanle con interés, le escuchaban compungidos: ¿cómo había sido eso? La mañana anterior, en la clase de Filosofía, les tuvo boquiabiertos á los alumnos; nunca más insuperable en la claridad de la exposición, la robustez de la dialéctica y el brillo del lenguaje; pues, ¿y no le encontraron por la noche tan campante, *vendiendo salud*, y más que nunca alegre? El inglés, atusando gravemente sus patillas, comenzaba y volvía á comenzar y á repetir su relato: —Salir muy bueno, sentirse luego muy malo..... que entristecía los semblantes, ponía sordina á las voces y provocaba sentidas reflexiones acerca de la inanidad de esta vida mortal y de la gran pérdida que para la patria importaba la muerte del doctor Andillo. Algunos encendían sus cigarros, que el humo distrae y consuela; otros prestaban oído al roncar del moribundo. Poco á poco, la tarde caía, y el patio envolvíase en sombras.....

No eran menores las de la alcoba, que la lamparilla del Nazareno alumbraba tristemente. Estaba D. Hipólito echado de espaldas en la cama, tal y como aquella mañana aciaga le dejaron, pues la hemiplegía le tenía paralítico, mudado el color, atónitos los ojos y torpe la lengua; habíanle puesto un gorro de cautchuc, relleno de hielo, y por las mejillas le corrían frías gotas de agua, que misia Liberata enjugaba de vez en cuando, lágrimas simuladas, no tan abundantes como las que ella derramaba sin reparo, ya que él parecía ni ver ni oir. También lloraba María Cleofé, de pie junto á la cabecera, sonando una y otra vez la bonita naricilla y enrojeciéndola á fuerza de restregarla con el pañuelo; y llorando las dos y suspirando, roncando D. Hipólito, balanceando su péndulo el reloj del comedor, los minutos transcurrían perezosamente, y cada hora deshojaba una esperanza de que el recio cuerpo, herido por el rayo del cielo, se irguiera con la altivez de otro tiempo, y luciera la orgullosa inteli-

gencia sumida en tinieblas. El médico se había marchado, diciendo que «ya volvería» y que, «por el momento», su presencia no era ni útil ni necesaria, despedida equivalente á deshaucio formal y á vergonzosa fuga.

En la puerta del comedor, las atribuladas vecinas, que muy bien querían al amo y tan agradecidas le estaban por su blandura, impropia de las negras entrañas que generalmente el pobre atribuye al casero, asistían á aquella lucha pavorosa, gimoteando: madama Clémence, doña Orosia, Crescencita y la chiquilla Encarnación; y doña Orosia, enseñando un frasco de vidrio que escondía bajo el mantón, anunciaba misteriosamente que con unas gotas del líquido que salpicaran el lecho y ungieran al enfermo, el Satanás que forcejeaba por llevarse el alma, huiría rabo entre piernas, burlado, y el pobre señor catedrático gozaría de la paz que demandaba con tan roncas voces. Hizo seña la gaditana á María Cleofé, acudió ésta, cerraron la puerta, y el grupo de mujeres

la rodeó en el comedor, mientras doña Orosia explicaba la fórmula del exorcismo: agua legítima de la Saleta, con que se santiguaba al enfermo, antes de rezar el credo en coro; así se salvó su cuñado Aniceto en Arcos, luego que los médicos le dejaron por muerto. ¡El Credo! para que le oyera el demonio y rechinara los dientes de coraje viendo que el alma que entenebreció con la duda, abría los ojos á la verdad en su última hora, y repitiendo las sublimes palabras del símbolo de la fe, exclamaba: —¡Creo! ¡Qué triunfal concierto en el Paraíso, y qué estruendo de cóleras allá abajo, en lo profundo del reino satánico!

—Sí, sí—cuchicheó María Cleofé,—traiga usted, á ver si Liberata consiente..... Porque estamos batallando: ni ella ni yo queremos, ¡Jesús, qué horror!, que muera así; pero estos espíritus fuertes piensan que es una debilidad someterse á la piadosa exigencia de nuestra religión, y que basta con tener la conciencia tranquila. No basta, ¡qué ha de bastar! Francamente, Liberata

no sé qué espera; Hipólito se va, se va..... Y yo no me atrevo á llamar á un sacerdote, porque no quiero exponer á Su Divina Majestad á un desaire; figúrense ustedes que llega el Sacramento con farol y campanilla, y esos señores de la biblioteca, dignos discípulos de su maestro, se escandalizan, y salen, se oponen á su entrada, hacen alguna barbaridad..... y quizá el mismo Hipólito recobre el sentido por milagro, y se enfada y hace otra..... ¡Ay! ¡qué conflicto! Traiga usted, señora. ¡Recen ustedes entre tanto por su alma!

Volvió á la alcoba de puntillas, y las mujeres se arrodillaron, entonando la primera salve del rosario. Llevaba María Cleofé el pomo salvador en la mano y lo mostró á misia Liberata, murmurándole al oído palabras que la diosa Razón no comprendía, seguramente, abstraída en hondo cavilar; porque, sin responderla, reclinó sobre la propia almohada del enfermo la cabeza, los ojos ya secos, olvidadas las manos de la cariñosa tarea de enjugar las gotas de

agua, y María Cleofé se apartó un tanto, asustada de la extraña transfiguración de la hermana..... D. Hipólito, inmóvil, roncaba; en la sala cuchicheaban los visitantes; en el comedor rezaban las mujeres.

—¡Hipólito!—murmuró misia Liberata —¿me oyes, Hipólito? Soy yo, tu mujer, que se atreve á hablarte, á insinuarte cosas que no se atrevería á insinuar si fueras tú el hombre fuerte de siempre, porque, sin duda, me harías callar con tu elocuencia, como otras veces. Pero, ¡tú estás malo, ¡ay! se me antoja que muy malo, y ya ves que no te lo oculto.....! ¡Figúrate que Dios, nuestro Señor, ha dispuesto llamarte á sí, y te presentas á Él con esa mancha de la duda, única mancha de tu vida, y lo que creías obscuridad y caos es luz que te deslumbra! ¿Qué disculpa le darás, de haberle negado? Le mostrarás el saco de tus buenas acciones tan repleto, y Él te dirá:—¿Qué has hecho de la inteligencia que te concedí generoso? ¿En qué la has empleado? No en enseñar á que me amen, sino en extraviar á otras ju-

veniles para que también me nieguen. Pon el saco que traes en la balanza, y verás cómo no pesa más que una pluma..... Hipólito, Hipólito, ¿me escuchas? Me parece que sí, ¡ojalá! Esto te dirá el Señor, y tú, ¿qué vas á contestarle? Tarde ya para el arrepentimiento, te impondrán el castigo que dan á los réprobos.....

—Dios te salve.....—susurraban las mujeres.

—Para evitarlo es que te hablo así—continuó la voz mansa y quejumbrosa—y te ruego que te limpies de esa mancha nefanda. ¡Si vieras de qué manera tan sencilla! diciendo con fervor:—¡Creo! creo en todos los misterios que he negado..... Y luego, Hipólito, luego, llamando á un sacerdote que te absuelva..... ¡Sí, si, á un sacerdote! ¡Yo te lo pido, te lo ruego yo, la mujer que ha respetado tu conciencia siempre, pero que en esta hora solemne tiene miedo, mucho miedo, porque si el Señor ha ordenado que has de marcharte y me dejes abandonada y sola, déjame, por lo menos,

tranquila, convencida de que en la otra vida gozas de la vista de Dios. ¡Haber sido bueno, y estar expuesto á ser condenado como malo! Esto no puede ser, y no será, ¿verdad? ¿Me escuchas?

María Cleofé lloraba. Y el enfermo, como si realmente escuchase y la súplica le tocara el corazón, redoblaba el temeroso roncar, impotente para manifestar su voluntad, porque ni un músculo siquiera le obedecía.

—¡Verás de qué manera tan sencilla!—repetía la esposa.—Te dejas tocar por la santa mano del sacerdote y quedas ungido, la fea mancha desaparece, y entonces, entonces sí que puedes presentarte delante de Él limpio de pecado. Con esto no sólo te salvas, sino que das un hermoso ejemplo á esos ilusos que aquí cerca asisten á tu agonía; les dices: «¡Engañado viví, y con mi falsa doctrina os engañé; pero muero creyente! ¡Creed también vosotros y perdonadme!» ¡Qué hermoso, Hipólito, qué hermoso! ¿No oyes? Es María Cleofé que

llora. Ella también tiene un santo que salvar, y le salvará; ¡vaya! ¡si es tan fácil, tan fácil! Voy á mandar por el sacerdote, ahí, á la capilla del Carmen: es ese señor tan bondadoso, que te saluda cuando te encuentra, el que asistió á papá..... Es mi confesor, es un amigo de la casa..... Irá Encarnación por él. ¿Verdad que no te opones? ¡Ay, te opones, te opones! ¡Has hecho una mueca! ¿Es desaprobación ó dolor? ¡Hipólito, Hipólito!

Una mueca había contraído, en efecto, el rostro cadavérico del enfermo, que parecía llorar sus faltas horrendas, ahora que la mano piadosa no enjugaba las gotas de agua; acaso la voluntad aterida por la agonía, estremecióse al son de aquella voz amada que, junto al oído, implorábale dulcemente, y no pudiendo traducir la lengua su respuesta, con violento esfuerzo de los músculos pretendía expresarla; la mueca lo descompuso todo, el ronquido más lúgubre resonó en la garganta, y las dos mujeres, alarmadas, acudieron á él; María Cleofé

con el pomo destapado, pronta á verterlo copiosamente.

Entonces vieron que un rayo de inteligencia brillaba entre los párpados, casi entornados, y el brazo izquierdo, con grande trabajo, se levantaba, se levantaba, llegaba hasta el pecho, intentaba algo que no podía ejecutar, y á la vez que los ojos enviaban á misia Liberata un mensaje mudo, desplomábase á lo largo del cuerpo siempre inmóvil. ¿Qué quería expresar? ¿La opresión que sentía? ¿Calor? ¿Ansiedad?

—Llena eres de gracia.....—decían las mujeres en coro.

Misia Liberata le desabrochó la camisa, primero el cuello, luego la pechera, temblándole los dedos..... Y apareció sobre el seno del incrédulo, del filósofo, del librepensador, del ateo, un escapulario bordado, de seda roja y lentejuelas, con la cara de Cristo en realce y un letrero devoto en redor, emblema hipócritamente oculto, respuesta elocuente que la lengua paralizada no sabía articular.

Misia Liberata dió un grito; á María Cleofé se le cayó el frasco de las manos. ¡Alabado sea Dios! Se había salvado.